

https://doi.org/10.31819/9783968693088_202

I

INTRODUCCIÓN

Hacia una crítica afectiva de la violencia

REINDERT DHONDT

Universiteit Utrecht/Goethe-Universität Frankfurt am Main

SILVANA MANDOLESSI

KU Leuven¹

Afecto y emoción en el debate actual

Ante la obra etérea *Disremembered* (2013-2018) de la artista colombiana Doris Salcedo que ilustra la cubierta de este volumen, el espectador revive el duelo sin esperanza que tortura y estigmatiza a las víctimas y los sobrevivientes de la violencia como si llevaran constantemente un cilicio mortificador. El arte político de Salcedo busca contrarrestar

1 El trabajo de Reindert Dhondt forma parte de un proyecto de investigación patrocinado por la Fundación Alexander von Humboldt. El trabajo de Silvana Mandolessi se produjo en el marco del proyecto “Digital Memories” (Grant Agreement N.º 677955), financiado por el Consejo Europeo de Investigación en el Programa Marco de Investigación e Innovación de la Unión Europea Horizonte 2020.

el olvido, no mediante relatos que llevarían a una catarsis basada en una empatía e identificación reconfortantes, sino al incrustar el horror y lo abyecto en una mortaja funeraria tejida de miles de agujas que termina por provocar conmoción e incomodidad en el espectador. En vez de optar por estrategias narrativas o representacionales, *Disremembered*, al igual que otras obras de arte de Salcedo, nos hace imaginar un cuerpo sufriente y ausente, pero también nos activa y nos sensibiliza cuando interactuamos individual o colectivamente con la obra y su carga afectiva. Hemos elegido *Disremembered* como portada del libro porque la obra de Salcedo ilustra la importancia de los afectos en la producción cultural latinoamericana que aborda la violencia.

En el curso de las últimas décadas, afecto y emoción se han transformado en conceptos claves del discurso académico en las ciencias sociales y las humanidades. Los movimientos sociales se analizan teniendo en cuenta la rabia, la indignación o la ofensa como motores de su surgimiento, y la manera en que la solidaridad o la empatía construyen y sostienen los lazos entre los activistas. El neoliberalismo se lee como un sistema cuya eficacia se apoya no solo en la explotación del cuerpo y las capacidades cognitivas, sino especialmente en su capacidad para manipular las emociones y los sentimientos. La centralidad de los medios digitales en la escena pública contemporánea se alimenta de la emoción y el afecto como instrumentos privilegiados. Fenómenos como las *fake news*, el *hate speech*, u *online harassment*, se vuelven opacos si no se tiene en cuenta cómo los flujos digitales producen y hacen circular el odio, la sospecha, la ansiedad o el disgusto y cómo estos construyen alineamientos provisionales, pero con efectos de largo alcance en la vida social. En el ámbito político, el surgimiento y el éxito de los movimientos populistas de derecha, que instigan la polarización, se explica por su capacidad de movilizar efectivamente un espectro de emociones como la ira, el descontento y el miedo, pero también la felicidad, más que por el recurso a un fundamento ideológico.

Esta omnipresencia del afecto en la vida social y política contemporánea sustenta la hipótesis de que vivimos en “sociedades afectivas”. De acuerdo a Jan Slaby y Christian von Scheve, el término remite a “a historical formation of a specific kind: societies whose modes of

operation and means of integration increasingly involve systematic efforts to mobilize and strategically deploy affect and emotion in a highly intensified and often one-sided manner” (2019b: 7). Naturalmente, esto no significa que la dimensión afectiva sea una característica exclusiva de las sociedades contemporáneas. Antes bien, el interés por esta dimensión surgida en el presente ha servido para destacar que afecto y emoción son rasgos que informan la vida social en todas las épocas y formaciones sociales. ¿Cuál es el aparato conceptual más apropiado para comprender el rol de lo afectivo? ¿Cómo establecer especificidades entre distintos regímenes afectivos a través del tiempo y el espacio? ¿Cómo captar dinámicas definidas como preconceptuales, precognitivas, informes, que circulan de manera autónoma entre los cuerpos y las subjetividades? ¿Cómo somos afectados por una imagen, una obra de arte, un objeto casual, por entidades no humanas cuyo carácter pasivo debe ser radicalmente puesto en duda, como sugiere el *New Materialism* (Gamble, Hanan y Nail 2019)? Entre otras, estas cuestiones han sido el objeto de una obsesiva reflexión desde que emergiera lo que ha dado en llamarse el “giro afectivo”.

El surgimiento del “giro afectivo” (Clough y Halley 2007) puede datarse a mediados de los 90, con la publicación de dos textos seminales, “The Autonomy of Affect” (1995) de Brian Massumi y “Shame in the Cybernetic Fold: Reading Silvan Tomkins” (1995) de Eve Sedgwick y Adam Frank. Estos ensayos marcarán las dos principales genealogías que continúan hasta nuestros días.

El primero tiene sus raíces en los tratados filosóficos de Baruch Spinoza en su *Ethica* (1677) y las elaboraciones posteriores de Henri Bergson en *Matière et mémoire* (1896), Gilles Deleuze y Félix Guattari en *Mille plateaux* (1980), y los escritos de Deleuze sobre cine, pintura y arte. En su tratado *Ethica*, Spinoza define *afecto* (o *affectus*, en latín), como “the modifications of the body whereby the active power of the said body is increased or diminished, aided and constrained, and also the ideas of such modification” (2009, Prop. XXII) (Hesselberth and Horsman 2017: 30). En la obra de Spinoza el afecto puede caracterizarse según tres vectores temáticos: (1) una ontología relacional; (2) una interacción constitutiva entre afectar y ser afectado y (3) una comprensión dinámica y policéntrica del poder (Slaby y Mühlhoff

2019: 28). Desde esta perspectiva, el afecto es *relacional*, concebido como una dinámica entre entidades que se afectan mutuamente, en lugar de como el impacto unilateral de una entidad sobre otra. En este sentido, la dinámica afectiva trasciende las propiedades individuales de las entidades, tanto humanas como no humanas, en un “movimiento con”, que evoluciona en modulaciones y resonancias recíprocas. Por último, el concepto de afecto en Spinoza está intrínsecamente relacionado con la definición del poder. Cada individuo posee una *potencia*, entendida como la capacidad del individuo de entrar en relaciones en las que afecta y es afectado.

El segundo linaje se deriva del trabajo del psicólogo Silvan Tomkins, quien propone un modelo de nueve emociones básicas (alegría, sorpresa, interés, vergüenza, ira, miedo, angustia, desprecio y asco). En su obra principal de cuatro tomos *Affect Imagery Consciousness* (1962-1992), Tomkins concibe los afectos como respuestas biológicamente condicionadas que se expresan en reacciones corporales, particularmente a través de expresiones faciales como el llanto o la risa. Los afectos, de acuerdo con Tomkins, siguen una lógica del contagio, son susceptibles de comenzar en un cuerpo y transmitirse a otros, de propagarse miméticamente, lo que constituye su naturaleza intersubjetiva (Hesselberth y Horsman 2017).

La diferencia entre ambas vertientes en la teoría afectiva ha sido a menudo conceptualizada oponiendo los términos de *afecto* y *emoción*. Mientras que el afecto refiere a una intensidad, un punto de encuentro entre cuerpos que provoca un cambio en el gradiente de energía o, en la definición minimalista spinoziana, “a body’s capacity to affect and to be affected” (Gregg y Seigworth 2010: 2), una emoción o un sentimiento “is a *recognized affect*, an *identified intensity*” (Massumi 2002a: 61). A diferencia del afecto, la emoción es una categoría reconocible, identificable. Por ello, es posible postular una taxonomía de las emociones mientras no existe una taxonomía de los afectos.

La posibilidad —o la conveniencia— de distinguir emoción y afecto ha sido objeto de debate desde los inicios del giro afectivo. Mientras algunos críticos, como Massumi han insistido en la diferencia ontológica entre ambos, otros, como Margaret Wetherell (2012), han objetado la distinción, reivindicando la mezcla de conceptos en

función de las necesidades del análisis. Por una parte, la distinción entre afecto y emoción, se usen o no estos términos, sigue siendo válida en tanto ambos conceptos representan aproximaciones diferentes a los fenómenos afectivos, aproximaciones que implican diferentes preguntas y metodologías según se trate de una perspectiva spinoziana o una visión centrada en el sujeto. Por otra, la distinción entre el binomio emoción/afecto ha dejado paso a una multiplicidad de términos que enriquecen y complejizan el espectro del vocabulario afectivo. Como estas dos vertientes demuestran, la teoría de los afectos estuvo desde el inicio marcada por la heterogeneidad. Como señalan Melissa Gregg y Gregory Seigworth en *The Affect Theory Reader* (2010), “There is no single, generalizable theory of affect” (2010: 3). Si esta afirmación era válida en 2010, una década más tarde no ha hecho sino intensificarse, dado que el interés por el afecto se ha expandido, abarcando todas las disciplinas, extendiendo su interés a las dinámicas afectivas del pasado y “viajando” más allá de las academias metropolitanas en las que surgió. Como tal, el término “afecto” designa un punto de confluencia —tanto como un campo de tensiones— entre las diversas teorías, enfoques y reflexiones que tienen a la dimensión afectiva como objeto de indagación.

Aunque esta diversidad y escala hacen imposible resumir las múltiples trayectorias de la teoría afectiva, quisiéramos postular tres rasgos que singularizan el estado del campo en la actualidad.

El primero es una preocupación por el refinamiento conceptual. Más allá de los debates en torno a los términos claves de afecto y emoción —y términos asociados como los de sentimientos o sensaciones—, hay una preocupación por mapear el espectro de conceptos involucrados en las dinámicas afectivas, nociones que iluminen aspectos particulares de esas dinámicas. Conceptos como “resonancia”, *Pathosformel*, “atmósfera”, “inmersión”, “repertorio emocional”, *attachment*, o *disaffection*, buscar delinear formas en que la dimensión afectiva se actualiza en determinadas circunstancias, medios o escenarios. Al mismo tiempo, “afecto” se convierte en un adjetivo para teorizar el funcionamiento de las dinámicas relacionales asociadas a entidades como “públicos”, “comunidades” o “medios digitales”. Por ejemplo, Zizi Papacharissi utiliza el término “affective publics” para

mostrar el rol del afecto en la constitución de comunidades activistas en la llamada Primavera árabe (2015); Zink explora la noción de “affective communities”, entendiendo estas como formas específicas de colectividad “that can be characterized by a shared sensuality eliciting an implicit sense of commonality and immediateness” (2019: 289); “affective media” señala el afecto como componente esencial de los medios digitales, un entorno en que se vuelve obvia la interrelación entre entidades humanas y no humanas en la creación y circulación del afecto (Bösel y Wiemer 2020). En esta dirección, el texto de Slaby y von Scheve, *Affective Societies: Key Concepts* (2019a), constituye el mejor ejemplo de la intención de mapear el espectro conceptual, construyendo una red que conecta genealogías, sitúa las nociones en sus contextos de emergencia y uso y delimita apropiaciones y préstamos.

Un segundo rasgo del panorama contemporáneo es la preocupación por la metodología. En principio, dada la interdisciplinariedad que define la teoría afectiva sería imposible arribar a una metodología consensuada. Sin embargo, si el afecto designa —o pretende funcionar como— el punto de encuentro de distintas disciplinas, una convergencia indispensable si se trata de captar fenómenos que por definición desafían los límites disciplinarios, es necesario disponer de metodologías específicas para capturar los procesos afectivos, más allá de las establecidas en cada campo. Kahl señala los desafíos que implica operacionalizar el afecto, observarlo y transcribirlo en la investigación empírica. La dificultad varía según sea la vertiente que adoptemos: si entendemos afecto como lo hace Massumi, es decir, como una intensidad no simbolizable, preconsciente y prediscursiva, se vuelve prácticamente imposible la investigación empírica. En palabras de Kahl, “Affect understood as the ‘invisible glue that holds the world together’ would basically exclude scientific observability. After all, where and how should researchers look to collect their data if the phenomenon under study is by definition invisible?” (2020: 8). Es esta complejidad la que solicita precisamente repensar el método. ¿Debemos desarrollar nuevas metodologías? ¿Adaptar las existentes? ¿De qué manera? Algunos críticos insisten en la necesidad de diseñar nuevas estrategias metodológicas para captar los procesos afectivos.

En *Affective Methodologies* (2015), Knudsen y Stage subrayan la innovación como respuesta ante la obsolescencia de metodologías que, centradas en el contenido y las estructuras de significación, responden a concepciones del sujeto y lo social diferentes a las que enfrentamos. Rastrear el afecto implica lidiar con el desorden, lo efímero y lo imprevisible de la vida social; con la inmaterialidad, los flujos, los fragmentos, los vacíos, las ausencias, los ensamblajes entre entidades humanas y no-humanas; en suma, con ecologías que se resisten a ser aprehendidas con metodologías establecidas para pensar estructuras, permanencias y totalidades.

Un último rasgo se observa en el llamado a “descolonizar” la teoría afectiva. Se insiste repetidamente en que el afecto es intrínsecamente un fenómeno situado, que no puede disociarse de las coordenadas en las que se produce. Este interés en “lo situacional” no tiene sin embargo un correlato teórico: el mismo paradigma informa el análisis de contextos ajenos en los que se produce la teoría. Como sostiene Yael Navaro, “many recent engagements with affect theory have therefore inadvertently been repetitive [...] and it is worrisome when evocations of a theoretical notion close down on themselves” (2017: 209). Para abrir el campo, Navaro y otros nos invitan a explorar lo que resuena como afecto en otras geografías y coyunturas históricas no-occidentales: “How can we trace and compose putatively non-Western inspirations for affect, ones that do not regurgitate by now well-established comprehensions of it? I think such a project would require another sort of excavation” (2017: 210).

Estar atento a lo inesperado en el trabajo de campo es una de estas formas, una forma de “atención” que nos permite ahondar en otras inspiraciones, otras definiciones, otras ontologías afectivas. Se trata de abrir el diálogo para escuchar otras voces que puedan modular el afecto en un registro diferente. Al fin y al cabo, se supone que uno de los principales rasgos de la teoría del afecto es una potencialidad para la imaginación y una forma de superar las divisiones establecidas. En este sentido, limitarse al afecto tal y como se concibe en una matriz occidental no es sino una forma de empobrecimiento.

El giro afectivo en América Latina

Es indudable que en las últimas décadas ha habido un creciente interés por el rol de la emoción y el afecto como fuerzas esenciales en las dinámicas socioculturales y políticas en América Latina, pero la pregunta sobre el impacto y el alcance permanece: ¿Ha habido efectivamente un “giro afectivo”? Laura Podalsky se muestra escéptica: “Let me begin on a perverse note by saying I’m not sure that there has been an “affective turn” (2017: 237). Podalsky reconoce que, aunque “several books and articles have been published that address the role of emotion and/ or affect in Latin American culture” (2017: 237), el alcance disciplinar es más bien limitado ya que pertenecen principalmente a los campos de los estudios culturales y la antropología en lugar de abarcar el espectro amplio de las ciencias sociales y las humanidades. Por lo tanto, según Podalsky, el impacto de la teoría de los afectos, aunque amplio, no podría identificarse propiamente como un “giro”, entendiendo por giro “a certain degree of change that alters the conditions of a stable system, producing an imbalance that needs somehow to be addressed by the field itself” (Poblete 2017: 2). En 2012, Ana del Sarto afirmaba que “los textos que trabajan el tema de los afectos en América Latina, o en relación con esta región como objeto de estudio [...] son escasos” (2012: 50), mientras que Ignacio Sánchez Prado, en el prólogo al volumen seminal *El lenguaje de las emociones*, señalaba que el estudio político cultural de las emociones “ha sido secundario al trabajo en torno a problemas de formación hegemónica, ideología, política cultural, identidades sociales y economía simbólica, que han constituido el logos disciplinario de las distintas prácticas englobadas bajo el nombre de ‘latinoamericanismo’” (Sánchez Prado 2012: 11). Más recientemente, Cecilia Macón, Mariela Solana y Nayla Luz Vacarezza describen el análisis de los afectos como un “emergent field” (Macón, Solana, y Vacarezza 2021b: 1), añadiendo que aunque el interés por las emociones y los sentimientos tiene una larga historia en América Latina, “a great number of thinkers and scholars have recently begun to focus on emotions in an attempt to understand politics in the region today” (2021b: 2).

La trayectoria del giro afectivo en América Latina es más restringida, más reciente y menos visible si se la compara con la omnipresencia que lo afectivo ha tenido en la academia metropolitana en las últimas dos décadas. Esto no implica afirmar que América Latina haya llegado tarde a la teoría afectiva, en una posición subsidiaria que a menudo se le asigna respecto a los desarrollos teóricos que se producen en otras latitudes. En primer lugar, porque el interés por la emoción y el afecto ya había sido desplegado en la crítica latinoamericana antes del reciente auge, en obras fundacionales del paradigma culturalista como *De los medios a las mediaciones* de Jesús Martín-Barbero o *Consumidores y ciudadanos* de Néstor García Canclini (Sánchez Prado 2012: 11), en los trabajos de Pilar Calveiro y Rosanna Reguillo sobre el miedo como emoción política o de Beatriz Sarlo sobre los textos de la felicidad, analizados en *El imperio de los sentimientos*. Mapear estos textos que analizan desde una matriz latinoamericana el espectro afectivo es una tarea pendiente.

En segundo lugar, porque plantear el giro afectivo en términos de apropiación o importación de teorías metropolitanas supone que los conceptos sean trasladados sin mediaciones y aplicados mecánicamente a nuevos casos de estudio. A diferencia de esta visión estática y mecanicista, las teorías y los marcos conceptuales se transforman sustancialmente cuando “viajan”, no solo entre diferentes disciplinas, como señalaba Mieke Bal en *Travelling Concepts* (2002), sino aún más radicalmente, entre diferentes espacios geográficos y tradiciones académicas. ¿De qué manera la producción crítica desde y sobre América Latina impugna, enriquece, corrige, matiza las distinciones establecidas? ¿De qué manera las dinámicas sociopolíticas y su estudio aportan a la comprensión de la “situatedness” (Kahl 2020: 1) como una característica central del marco contemporáneo? En esta línea, Algarra y Noble apuntaban la necesidad de un “diálogo franco en donde todo se pone en liza, reconociendo mutuamente los participantes mundiales del debate, sin excluir los aportes de nuestra región” (Algarra y Noble 2015: 58).

También es necesario indagar de qué manera el giro afectivo en América Latina se entrelaza con marcos teóricos previos para analizar dinámicas propias de la región, lo que resulta en torsiones inesperadas

del marco conceptual. En este sentido, la indagación en torno al rol de la emoción y el afecto no funcionan descartando y reemplazando marcos que ahora habrían devenido obsoletos, sino que, de manera más orgánica, vienen a complementar las investigaciones previas, allí donde esos marcos carecían del vocabulario —o simplemente la atención necesaria— para capturar lo que ahora se indaga a partir de estas nociones.

En un mapa de la producción más reciente, es posible reconocer tres áreas principales que reúnen las investigaciones en torno al afecto y la emoción en América Latina. Esto no intenta ser un estado del arte sino el trazado de ciertas rutas para orientarse en el territorio — contingente y dinámico— de los estudios en la región, proponiendo algunos textos representativos de cada área.

El primer grupo de estudios interroga al afecto (y a la emoción) como componente clave de las sociedades contemporáneas. Aunque la dinámica afectiva siempre ha sido fundamental para la sociedad humana, las configuraciones sociales, políticas y económicas de finales del siglo xx y principios del XXI muestran rasgos particulares que las convierten en sociedades afectivas.

Siguiendo la perspectiva de las teorías de las sociedades, se puede observar una formación social al centrarse en un elemento o desarrollo destacado que sea característico de la formación en cuestión, como sucede en caracterizaciones tales como “sociedad postindustrial”, “sociedad del riesgo” (Beck 1992) o “sociedad de la información” (Castells 2010). En esta línea, Kahl sostiene que las sociedades contemporáneas “are characterized by an intensification and acceleration of affective modes of address and relatedness” que abarcan todas las dimensiones del tejido social. El afecto relacional funciona aquí como un diagnóstico que intenta captar lo específico de nuestro escenario contemporáneo. Kahl plantea que “recent developments signal a tipping point when it comes to manifestations of affect in public discourse, in mediatized social interactions, and in broader efforts at managing, controlling and governing affect and emotion” (2020: 5). Esto es ampliamente visible, por ejemplo, en la forma en que los medios digitales han transformado la comunicación y el activismo político. Sin recurrir al flujo contagioso y performativo del afecto, sería

difícil explicar el atractivo de los movimientos de derecha que han florecido en la región o la constitución y fuerza de movimientos activistas como *Ni una menos*. El afecto aparece inextricablemente ligado al “régimen de acumulación global, flexible y combinado” del neoliberalismo y la globalización. Para Abel Trigo, este régimen “sustituye las viejas ideologías e imaginarios nacionales por una nueva economía político-libidinal en la cual la catexis del deseo (inversión de energía afectiva, libidinal) es capturada por el capital y la lógica de la mercancía” (2012: 39).

Representativo de esta tendencia es el libro *Posthegemony: Political Theory and Latin America* (2010), en el que Jon Beasley-Murray describe la situación actual como “post-hegemónica”, una coyuntura en la que la noción de hegemonía ya no se sostiene como modelo interpretativo adecuado para entender la organización del poder político y la estructura de gobierno del Estado-nación. De hecho, Beasley-Murray afirma que la teoría de la hegemonía nunca tuvo este poder explicativo —la primera frase del libro afirma polémicamente “There is no hegemony and never has been”— y propone en cambio los conceptos de afecto, *habitus* y multitud para delinear una versión del poder y el orden social no basado en el consentimiento, la coerción o la interpelación ideológica. En “Narrativa, afectos y experiencia: Las configuraciones narrativas del neoliberalismo en México” (2009), Sánchez Prado examina la estructura afectiva del neoliberalismo en cierto sector de la producción cultural mexicana. En textos como la novela corta *Llamadas de Ámsterdam* (2003) de Juan Villoro o el filme *Vivir mata* (1995) de Nicolás Echeverría, es posible observar el éxito del neoliberalismo en la articulación de una esfera simbólica al nivel cultural, especialmente en las clases medias globalizadas. Mientras que el fracaso del sistema liberal como doctrina económica ha sido ampliamente reconocido por la crítica cultural, su rol en la conformación de afectos y formas de vida no ha sido objeto —al menos en el momento en que Sánchez Prado escribe su artículo— de una exploración adecuada. *Las vueltas del odio* (2020) de Gabriel Giorgi y Ana Kiffer también elabora una crítica de la sensibilidad neoliberal aunque desde otra perspectiva. Poniendo el odio en el centro de la escena, el libro explora los nuevos registros de esta emoción y lee esos lugares de

enunciación como “guerras de la lengua”. ¿De qué manera se inscribe y circula colectivamente el odio, en especial como afecto háptico que recorre la red? ¿Qué subjetividades colectivas construye? ¿Cuál es su papel en la regulación y disciplinamiento de la esfera pública? Diferente a los anteriores, aunque en la misma lógica de diagnosticar el presente, *Afectos y saberes en la performance argentina contemporánea* (2020), editado por Blejmar, Page y Sosa analiza la producción de una generación emergente de artistas marcada por una original “voz generacional trans-disciplinaria, intermedial y multidireccional en el campo de las artes performáticas argentinas” y “acaso una nueva forma de afectividad”. Las obras analizadas se enmarcan en un nuevo género caracterizado por “una zona de transición donde las fronteras entre lo virtual y lo material, lo personal y lo colectivo, lo real y lo ficcional inevitablemente se desarman”. De allí que el registro de los afectos, espacio liminal por definición, resulte clave para desentrañar la producción de este colectivo.

Un segundo grupo aborda la compleja herencia de la violencia política experimentada por los países latinoamericanos a finales del siglo xx. En las últimas décadas, la interrogación sobre el pasado reciente en América Latina se ha enmarcado tradicionalmente en el campo de los estudios de memoria, un término clave en el discurso académico, pero también un término central en la lucha de los activistas de derechos humanos. El interés académico por la memoria surge, por tanto, no como un interés distanciado de su objeto, sino en un diálogo permanente con los actores sociales que expresan sus demandas, con los debates en la esfera pública, y los significados construidos como resultado de estas disputas. Podríamos decir que esta relación estrecha entre las experiencias y las demandas de los actores sociales y la intervención académica le dio al campo de los estudios de memoria en América Latina una resonancia afectiva particular: las solidaridades tejidas entre ambos contribuyeron a crear una *comunidad afectiva* que es indisoluble del objeto de estudio.

Un vocabulario afectivo —evidente en conceptos como “trauma”, “testimonio”, “duelo”, “melancolía”— estuvo presente desde el principio. Sin embargo, no fue necesariamente puesto en primer plano e investigado en profundidad como una dimensión distintiva de la

dinámica sociopolítica o de las prácticas artísticas. A grandes rasgos, el estudio de la memoria se centró o bien en los actores e instituciones, desde la perspectiva de las ciencias sociales, o bien, desde una perspectiva de estudios culturales en las producciones artísticas —películas, libros, fotografías, performances—. En ambos casos, predominó un enfoque discursivo que identificaba la memoria con las narrativas colectivas, las historias que sustentan las versiones del pasado. Sin embargo, como sostiene Michael Lazzara, más allá del discurso y de las instituciones, “one of memory studies’ major value propositions is the emphasis they place on the affects, sentiments, and passions that escape institutions yet very much participate in the ‘political’” (2017: 25). Podríamos afirmar que el reciente interés por los afectos y las emociones como una dimensión distintiva viene a cumplir todo el potencial que entraña esa proposición. Los trabajos de este grupo no pretenden sustituir por completo los enfoques anteriores, poniendo en su lugar las teorías del afecto como lente exclusiva, sino que se acercan —y dan nombre, es decir, existencia— a dinámicas afectivas que antes solo se abordaban tangencialmente. Textos como *Pretérito Indefinido: afectos y emociones en las aproximaciones al pasado* (2015), editado por Cecilia Macón y Mariela Solana ilustran esta tendencia. En la introducción, las autoras recorren textos y autores claves en el campo mostrando cómo la aproximación afectiva al pasado obliga a repensar problemáticas centrales, tales como la tensión entre continuidad y discontinuidad históricas, las formas de la temporalidad, la gestión de la distancia frente al objeto, o los límites de las posibilidades representacionales del relato. También reflexionan sobre los desafíos metodológicos, ya que, si el archivo histórico es prioritariamente textual, ¿de qué manera captar una dimensión afectiva que solo queda registrada, en el mejor de los casos, como narración indirecta de las experiencias y prácticas? Un eje importante en *The Politics of Affect and Emotion in Contemporary Latin American Cinema* (2011), de Laura Podalsky se refiere a cómo aparece el pasado en la producción fílmica contemporánea. Partiendo de las preocupaciones expresadas por Beatriz Sarlo, Nelly Richards y Jean Franco sobre la “cultura de la inmediatez” que domina los medios de comunicación contemporáneos, Podalsky se basa en el afecto para ofrecer una rica comprensión sobre cómo

las películas “nos tocan”, sugiriendo el potencial político de ciertas películas consideradas apolíticas y sensacionalistas por la mayoría de los críticos. En *Geografías afectivas* (2019), Irene Depetris Chauvin explora la potencialidad del cine para crear “geografías afectivas” que suponen nuevas formas de habitar el espacio, tanto individual como colectivamente. El afecto no es solo objeto de estudio, sino que pervade la forma: “los capítulos tratan de desarrollar un modo de escritura afectiva que de alguna manera pueda evocar la experiencia de estar dentro de la película”, agrupando películas “según las atmósferas afectivas que estas instalan” (Depetris Chauvin 2019: 18-19). Varios capítulos, especialmente “Geografías espectrales”, exploran topografías de la memoria y el trabajo del duelo, en un acercamiento háptico al pasado, en películas como *Cofralandes*, *Nostalgia de la Luz* o *La forma exacta de las islas*. En un trabajo de genealogía histórica, textos como *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta* de Alejandra Oberti (2014), o “Conflictos pasionales, sexualidad y militancia en la guerrilla armada en los años setenta en la Argentina” de Isabella Cosse (2017), abordan la intersección entre afectividad y militancia en los 70 en el Cono Sur.

La tercera área de investigación aborda el género y la sexualidad en América Latina. Género y sexualidad se han convertido en temas centrales de debate en la política contemporánea en todo el espectro ideológico. Los partidos conservadores se oponen a lo que llaman “ideología de género”, intentando restringir la expansión de derechos de las mujeres y los grupos LGBTIQ+, mientras los partidos progresistas colocan en el centro de su agenda la lucha por los derechos fundamentales, como el derecho al aborto o el reconocimiento de las identidades no binarias.

Estas luchas políticas son impulsadas por poderosos movimientos sociales: los nuevos feminismos y los movimientos LGBTIQ+ en América Latina. Aunque son parte de una tendencia global, visible en movimientos como #MeToo, América Latina ha dado lugar a movilizaciones originales que han florecido más allá de las fronteras de la región. Nacido como un colectivo antifeminicidio en Argentina en 2015, *Ni una menos* se convirtió en un movimiento de masas que se extendió por toda América Latina y que inspiró movilizaciones

en otros países de Europa y Asia. Significativamente, en su análisis de *Ni una menos*, Pía López describe las luchas feministas contra el neoliberalismo como luchas que se juegan en el campo de los afectos (López 2020).

El hecho de que el afecto aparezca como un aspecto central en los debates contemporáneos y en la movilización feminista no debe ocultar una larga genealogía que se remonta al origen del “gender and sexuality turn” (Irwin y Szurmuk 2017) en América Latina. Y no es necesario mencionar que, desde sus orígenes, la teoría de los afectos ha estado intrínsecamente conectada —o directamente inspirada— por el pensamiento feminista y los estudios *queer*. Es necesario subrayar que en los estudios recientes el género y la sexualidad no aparecen como problemáticas aisladas, sino que se indagan interseccionalmente junto a la herencia colonial de desposesión y violencia, el racismo, o la explotación de recursos naturales.

Entre los numerosos estudios que exploran la intersección entre género y afecto cabe mencionar *Affect, Gender and Sexuality in Latin America* (2021a), editado por Macón, Solana y Vacareza, en el que se compilan una serie de trabajos que dan cuenta de la producción más reciente, y que incluye textos que van desde el activismo político en las luchas por la legalización del aborto en el Cono Sur hasta las transformaciones culturales de la feminidad en relación con lo animal y lo espectral, pasando por exploraciones históricas de la emoción y el afecto en América Latina. El volumen *Afecto, cuerpo e identidad. Reflexiones encarnadas en la investigación feminista* (2018), editado por Alba Pons Rabasa y Siobhan Guerrero Mc Manus también muestra la relevancia del afecto en la reflexión feminista, con capítulos dedicados al rol del afecto en la economía informal en la ciudad de México, el tránsito de género o las materializaciones de lo trans. Por último, artículos como “Mourning, Activism, and Queer Desires: *Ni Una Menos* and Carri’s *Las Hijas Del Fuego*” (2021) de Cecilia Sosa, conjugando el interés por el pasado con la reflexión de género, explora la reelaboración *queer* del trauma de la dictadura en la película de Albertina Carri *Las hijas del fuego* (2018) en la intersección entre el movimiento feminista *Ni una menos* y la memoria del pasado posdictatorial.

Violencia y afecto en América Latina

En el imaginario colectivo occidental, América Latina aparece a menudo como el continente violento por antonomasia, como se desprende de películas como *Amores perros* (2000) o de la narrativa de Roberto Bolaño (véase Sánchez Prado 2006; Lainck 2014). La idea de una violencia endémica que azota la zona es un estereotipo cultural que se remonta a la época colonial y que se vio reforzado por la cultura de masas. Esta promovió una banalización y exotización de la violencia y llevó consigo una tendencia homogeneizadora que oscurecía la profunda diversidad sociogeográfica del subcontinente. Ya a principios de los años 70, Ariel Dorfman destacó la omnipresencia del tópico en la narrativa hispanoamericana, lo que llevó a investigadores a identificar y desentrañar las manifestaciones específicas de la violencia y los modos narrativos experimentales que reflejaron una “violencia narrativa” (1970: 9). Dorfman no dudó en caracterizar al subcontinente como el “fruto de una violencia prolongada” (1970: 11), que los habitantes de varios países latinoamericanos hubieran internalizado como parte del relato nacional. Así, por ejemplo, en Colombia, un país marcado por un conflicto armado interno de larga data, el campo de estudios interdisciplinario conocido como “violentología” ha buscado entender y conceptualizar este nexo entre identidad colectiva y violencia, enfocándose sobre todo en el impacto sociocultural de la violencia política.

Como categoría analítica y como marcador de diferencia cultural, la violencia es hoy día uno de los principales temas de los estudios latinoamericanos debido a la prolongada vigencia de la problemática en las últimas décadas y su mercantilización en los medios de comunicación. No obstante, tanto la morfología de la violencia como su estudio crítico sufrieron un cambio significativo. Durante la Guerra Fría, en un escenario de una brutal violencia política, los enfoques se centraron antes que nada en la retórica de la dictadura y en la dictadura de la retórica (véase González Echevarría 1985: 64-84), motivada esta última por el acercamiento “glacial” a las emociones (Terada 2001: 4-5) que caracterizaba el posestructuralismo de moda. En general, la atención se centraba en la dimensión discursiva en detrimento de la dimensión

afectiva. Es decir, el énfasis recaía en la contextualización de las ideas dominantes que legitimaron o demonizaron la violencia, en el engranaje ideológico del discurso del poder y su relación con los metarrelatos hegemónicos, así como en el ejercicio racional e instrumental de la opresión política y la contraviolencia de los subalternos, ignorando la importante dimensión afectivo-emocional de los diferentes actores de esta violencia. En consecuencia, un encuadre como el terrorismo —que actualmente abarca casi todos los tipos de violencia— tendía a reducirse a una construcción meramente discursiva cuya finalidad radicaba en estigmatizar y criminalizar a determinados actores políticos y sociales.

A partir de los años 80, la transformación de la violencia predominantemente estatal y revolucionaria en una violencia mayoritariamente criminal y “privatizada” abrió la vía a acercamientos cada vez más desideologizados o “poshegemónicos”². Estas nuevas configuraciones de la violencia han terminado por eclipsar la violencia política y por lo tanto resulta ahora más apropiado hablar de una pluralidad de violencias, a fin de dar cuenta de la variabilidad y maleabilidad del fenómeno con sus múltiples escalas espacio-temporales, de la colonialidad del poder a la “violencia lenta” (Nixon 2011). Paralelamente al surgimiento de dinámicas inéditas de violencia con nuevos actores, se observó un cambio notable en cuanto al grado de visibilidad de la violencia: si el terrorismo del Estado de las dictaduras militares procuró ocultar sus violaciones de los derechos humanos —lo cual se tradujo en el *modus operandi* de la desaparición forzada, en una desmemoria institucionalizada y en un “percepticidio”³—, una nueva

2 El giro poshegemónico proclama que la crítica ideológica se ha vuelto obsoleta. Este fue inaugurado en los estudios latinoamericanos por Alberto Moreiras (2002) y Jon Beasley-Murray (2003). Este último recurre al modelo interpretativo de los afectos para explicar, entre otros fenómenos, la prolongada fuerza aglutinadora y movilizadora de la guerrilla del FMLN en El Salvador y del populismo peronista en la Argentina. De acuerdo con Brian Massumi, es precisamente el afecto el que “holds the key to rethinking postmodern power after ideology” (2002a: 42) en el capitalismo tardío.

3 Diana Taylor entiende por este concepto un mecanismo de violencia estructural que permite dar cuenta de la falta de reacción frente a las desapariciones

cara de la violencia, a saber la narcoviencia, exhibe deliberada y ostentadamente sus efectos materiales y traumáticos, que desencadenan a su vez reacciones viscerales escindidas del raciocinio. A pesar de que los carteles de droga o las maras operan con una considerable opacidad debido a la tenue línea entre autoridad y delincuencia que termina por poner en jaque la gobernabilidad misma, el crimen organizado en países como México convierte los cadáveres decapitados y mutilados de sus víctimas en mensajes encriptados (Reguillo 2010)⁴. Esta violencia extrema, que es anómica sin por ello ser arbitraria, es luego mediatizada y glorificada en la prensa amarilla y en numerosas elaboraciones literarias y cinematográficas⁵. Debido a la pérdida del carácter ideológico de esta violencia, muchas narrativas se centran cada vez menos en la denuncia directa y más en la exploración de las subjetividades afectadas por esta violencia difusa y normalizada. Asimismo, la macabra lógica de comunicación de la narcocultura no solo requiere un análisis discursivo-semiótico, sino también sociopsicológico y afectivo-corporal, ya que se inflige una forma extravagante de tortura sobre los cuerpos de las víctimas con el propósito de inspirar un miedo generalizado. De ahí la importancia de concebir el miedo no únicamente como una patología que requiere un tratamiento terapéutico personalizado, sino como algo que se extiende en la interacción social.

forzadas en Argentina, debido al temor, la complicidad tácita o el desmentido: “The triumph of the atrocity was that it forced people to look away —a gesture that undid their sense of personal and communal cohesion even as it seemed to bracket them from their volatile surroundings. [...] People had to deny what they saw and, by turning away, collude with the violence around them” (1997: 122-123).

- 4 En este contexto Rossana Reguillo se refiere al despliegue de violencias expresivas y fantasmagóricas por un dispositivo que denomina, en su terminología de inspiración deleuziana, la “narcomáquina”. Esta supera una concepción meramente utilitarista de la violencia al disolver lo humano, pero, a diferencia del poder nazi por ejemplo, se caracteriza por una “ubicuidad ilocalizable” (2010, s. p.).
- 5 La predilección por la dramaturgia forense y lo abyecto se aborda en los trabajos críticos de Glen S. Close (2008, 2018) sobre la estetización de la violencia en géneros literarios como el neopolicial o la sicarresca.

Esta mutación de la violencia, en combinación con el giro afectivo y el surgimiento de los estudios de memoria, hizo que la descodificación de las narrativas de violencia se haya diversificado a partir del cambio de siglo. Al mismo tiempo, el cambio de paradigma de una crítica literaria textualista o formalista a una crítica de orientación ética (*ethical criticism*) ha propulsado a los estudiosos a enfrentar su propia implicación: ¿en qué medida están fascinados por esta violencia desahogada y en qué sentido la están promoviendo, tal vez involuntariamente? A este respecto, Jacques Rancière (2000) plantea que hay una articulación entre política y estética: el potencial del arte consiste precisamente en reconfigurar los afectos y los pensamientos al poder visibilizar lo que está velado, como por ejemplo la matriz cultural que produce y promueve la violencia⁶. Gracias a su función contestataria y extrañante, el arte puede provocarnos, sensibilizarnos y hasta movilizarlos. En este proceso los afectos pueden construir, naturalizar pero también subvertir sentidos hegemónicos. En esta misma línea, Judith Butler (2009) ha puesto en evidencia cómo el encuadre al que recurren los medios de comunicación para representar la guerra contra el terror regula respuestas afectivas, tales como la indignación o la indiferencia, lo que lleva a una selección de los medios de las vidas que merecen ser “lloradas” y las que no.

Otro desarrollo en el estudio de la violencia es un acercamiento más psicologizante e íntimo a las secuelas de la violencia, tanto en la víctima como en el victimario. Este enfoque está fuertemente inspirado por los estudios de (pos)memoria y trauma, con su interés en los “posafectos” (Pollock 2013: xvii) y, más recientemente, en la figura del perpetrador. Dicha perspectiva no solo toma en cuenta los brotes de la “violencia subjetiva”, que remite a una definición estricta de la violencia entendida como un fenómeno visible que socava la

6 Para Rancière, la “política de la estética” remite precisamente a esta idea de que el arte puede redistribuir lo sensible, es decir, puede generar nuevas configuraciones de la experiencia sensorial y operaciones de disenso: “Il y a politique de l'esthétique au sens où les formes nouvelles de circulation de la parole, d'exposition du visible et de production des affects déterminent des capacités nouvelles, en rupture avec l'ancienne configuration du possible” (2006: 70-71).

normalidad pacífica y que tiene un origen claramente identificable (Žižek 2008: 1-3), sino que también lleva a abordar la cronicidad de la “violencia objetiva” en tiempos de paz, es decir, una violencia sistémica o simbólica inherente al estado normal de las cosas y por lo tanto difícilmente rastreable, pero que sería capaz de explicar irrupciones violentas —a primera vista irracionales— a nivel individual⁷. En esta definición amplia (violencia objetiva), la violencia no solo toma la forma de un acto intencional en escenarios bélicos, sino que también puede consistir en una corrosión lenta y sigilosa de la dignidad humana que puede originarse en una negligencia o una omisión sin que esta se reconozca como culpable. Cabe señalar que la violencia del Estado, la violencia directa y la violencia estructural están imbricadas y se refuerzan mutuamente de manera compleja; el espectáculo visible de la violencia no puede verse únicamente como un incidente inusual, sino como parte integrante de un proceso dinámico de actos relacionales que es productivo concebir como un *continuum*. La reconceptualización de la violencia como el efecto de un cúmulo de circunstancias variadas (en vez de como un atributo innato de una personalidad o un rasgo intrínseco de un sistema) nos insta a problematizar las taxonomías corrientes y a reflexionar sobre las implicaciones *políticas* de las representaciones de la violencia y de su estudio. Al mismo tiempo, la concepción amplia de la violencia como fenómeno social mutable nos invita a reparar en los procesos de interiorización de la violencia, los mecanismos sociopsicológicos, los afectos prenarrativizados y su transmisión en cuerpos colectivos e individuales⁸. Es decir, como actores estamos constantemente expues-

7 Lo político emerge necesariamente al concebir los afectos como intensidades de experiencia que son relacionales y transindividuales. Para Massumi, el concepto de “violencia estructural” es problemático ya que puede conducir a un desempoderamiento: “It is clear that the concept of violence cannot be reduced to direct, bodily violence. Violence is not only in the act. It also acts in potential. [...] But from an affect philosophy perspective, the concept of structural violence is questionable” (2018: 253).

8 En este sentido, el giro afectivo es sintomático de una serie de transformaciones de orden sociopolítico y económico y de una problematización teórica de la

tos a intensidades energéticas que atraviesan nuestros cuerpos y ejercemos fuerzas que en un determinado momento pueden derivar en violencia. Este abordaje implica repensar la violencia como resultado de diferentes procesos socioeconómicos y acciones institucionales en vez de como el producto de psicópatas monstruosos o de la naturaleza del mal. Es precisamente esta cotidianidad de la violencia la que nos lleva a tomar en cuenta la dimensión afectiva: “[...] si la violencia es la vida misma, ¿cómo explicarla si no a partir de una indagación sobre los afectos?” (Del Sarto 2012: 43).

Con respecto a la situación en América Latina, varios estudios han vinculado las erupciones de violencia física con la violencia estructural del heteropatriarcado y del capitalismo neoliberal, que implementa en el Sur Global una necropolítica que convierte a los excluidos en cuerpos desechables y que rentabiliza la muerte. Así, el concepto de “capitalismo gore” (2010) de Sayak Valencia relaciona, por un lado, la estética peculiar de un cine de explotación centrado en lo visceral y en una violencia gráfica a ultranza con, por el otro, los nuevos sujetos marginales del capitalismo tardío. Estos son, de acuerdo con Valencia, el producto de la yuxtaposición de la inversión afectiva en un consumismo desenfrenado y un sentimiento de precariedad extrema, y terminan por reclamar cínicamente su agencia al convertir su vulnerabilidad en una estrategia sanguinaria de “necroempoderamiento” (2010: 14). Es decir, la violencia puede generar diversos afectos, pero los afectos también pueden engendrar violencia. A su vez, Pilar Calveiro (2012) propone hablar de “violencias de Estado” en plural y destaca cómo el miedo —así como su expresión más radical, el terror paralizante— en el México contemporáneo no solo afecta al cuerpo, sino que también se ha convertido en un dispositivo de control político-social que establece prácticas de exclusión y justifica la mili-

violencia: “The increasing significance of affect as a focus of analysis across a number of disciplinary and interdisciplinary discourses is occurring at a time when critical theory is facing the analytic challenges of ongoing war, trauma, torture, massacre, and counter/terrorism. [...] the turn to affect may be registering a change in the cofunctioning of the political, economic, and cultural, or what Brian Massumi [...] dubs the ‘social’” (Clough Ticineto 2007: 1).

tarización del país. Al mismo tiempo, el miedo puede llevar a articular diversas estrategias de resistencia, impulsar a reconstruir redes de solidaridad y potenciar la resiliencia. A este respecto, Calveiro (2014: 103) pone en evidencia el carácter fundamentalmente ambivalente de los afectos y las emociones, cuya instrumentalización política puede ser contrarrestada por la formación de nuevos lazos de alianza dentro de una comunidad. Sin entablar un diálogo explícito con Deleuze u otros teóricos canónicos de la afectividad, la obra de Calveiro es sin embargo ilustrativa del giro afectivo en los estudios latinoamericanos sobre la violencia y de su insistencia en el carácter político de la violencia. Su concepción de la “política del miedo” invita a abordar la economía afectiva social, al tomar en cuenta no solo la administración del miedo como mecanismo constitutivo de la gubernamentalidad neoliberal, sino también la emergencia de estrategias de confrontación y de escape.

Además de este interés por las culturas de miedo en América Latina, algunos estudiosos han indagado otras afecciones traumáticas, desafectos y sentimientos feos o no catárticos (*ugly feelings*; Ngai 2007), como la paranoia o la irritación, que impregnan el tejido social, así como las operaciones afectivas que intervienen en la evocación artística de la violencia. Así, a partir de una reflexión sobre el espectáculo escalofriante del horrorismo en México en su dimensión visual y afectiva (Cavarero 2009), tanto Ileana Diéguez como Cristina Rivera Garza abordan el imaginario emocional que se genera a partir de la violencia y ponen el foco sobre el dolor que conmueve a los ciudadanos. Ambas pensadoras ponen su punto de mira en la fragilidad del cuerpo individual y social, y problematizan el goce sadomasoquista o voyerista del lector/espectador y, en general, la reducción de la violencia a la producción de lo macabro. A este respecto, es significativo que el concepto de “necroteatro” de Diéguez —que remite a la escenificación repulsiva de los cuerpos-cadáveres en el espacio público que exponen las huellas del sufrimiento— vaya acompañado de una exploración de los escenarios luctuosos y la *performance* del duelo público (pensemos en las Madres de Plaza de Mayo o las de Ciudad Juárez). Por su parte, Rivera Garza, desde su labor como escritora comprometida, busca una salida al horrorismo al dotar de rostro a las víctimas

y al conceptualizar un *artivismo* colectivo frente a la idea del autor como creador individual. Su visión de la literatura es afectiva en el sentido de que la literatura no ilustra una idea o un concepto, sino que produce sensaciones que a su vez evocan pensamientos o sentimientos que varían de un receptor a otro. En *Dolerse: textos desde un país herido* (2015), Rivera Garza destaca la importancia de los afectos, de sentir el dolor, la rabia o la impotencia, en la escritura sobre la (narco)violencia en México, un “Estado sin entrañas” que ha renunciado a su tarea de cuidar el cuerpo social. Mediante diferentes estrategias narrativas y lingüísticas que evaden un tono melodramático o sensacionalista⁹, los “textos dolientes” por los que aboga Rivera Garza se alejan de un discurso pasivo o fatalista de victimización y de un “mercado de la lástima” (2015: 16) que saca provecho del dolor ajeno. Estos textos subordinan la dimensión expositiva o informativa típica de la concepción convencional de literatura comprometida —el proceso racional de la concientización o la búsqueda de la verdad testimonial— a la dimensión expresiva y apelativa —la sensación del dolor tanto individual como colectivo que desencadena un pensamiento más profundo y que lleva a un cambio psicológico—, sin negar o disminuir la subjetividad de las víctimas o, al contrario, dotarles de heroicidad. Recusando un relato positivo y lineal, la escritura doliente contrarresta tanto el desapoderamiento como la resistencia épica al conferir a las víctimas una “agencia trágica” (2015: 33-36) que las dignifica y que permite disentir con la norma, que, en el contexto mexicano, implica un desenmascaramiento de las mentiras del discurso oficialista¹⁰. En

9 Rivera Garza recurre a estrategias como por ejemplo la hibridez genérica (mezcla de periodismo narrativo, ensayo histórico, poesía documental y ficción), una notable dimensión metarreflexiva, una escritura autoficcional que configura una identidad ambigua que se resiste a ser fijada, un lenguaje “dispuesto, abierto, tartamudo, herido, balbuceante” (2015: 16) que imita el lenguaje del dolor, así como una concepción comunitaria y polifónica de la escritura que a menudo se difunde bajo una licencia *Creative Commons*, como se desprende también del volumen acompañante *Con/dolorse* (2015).

10 Rivera Garza presenta esta escritura como un ejercicio de disenso en el sentido de Rancière: “[...] en su afán de operar en disenso de un discurso bélico que

este sentido, las intensidades que recorren esta escritura de resistencia disuelven la oposición clásica entre sensación y pensamiento y ponen al descubierto la violencia objetiva detrás de la violencia subjetiva.

La crítica que formula Rivera Garza con respecto a la (re)victimización y el culto de la lástima, así como su interés en determinados recursos literarios que permiten recrear y transmitir éticamente la vivencia emocional de los sufrientes y recortar lo sensible de forma alternativa, recuerda lo que Hermann Herlinghaus ha llamado “a modern war on affect” en su estudio sobre narconarrativas *Violence without Guilt* (2009: 8), una referencia incidental pero indispensable en la discusión sobre afectos y violencia en América Latina. Adoptando un enfoque basado en *Para una crítica de la violencia* (1921) de Walter Benjamin, el pensamiento de Teresa Brennan sobre la transmisión de afectos sociales y la crítica poscolonial anglosajona, Herlinghaus procede a un análisis de las relaciones entre el Norte Global y el Sur Global —especialmente en el marco de la guerra contra las drogas— desde la perspectiva de los afectos, un acercamiento que es equiparable a lo que Edward W. Said hizo con respecto a las formaciones discursivas en *Orientalism* (1979). Mediante el concepto de “marginalidades afectivas”¹¹, Herlinghaus sostiene que el centro (el Norte Global) busca purgar afectos negativos como el miedo, la ansiedad o la culpa al proyectarlos fuera de sí sobre un Otro (en este caso, el narcotraficante) considerado como violento, bárbaro e irracional que se asocia sistemáticamente con América Latina. En este sentido, los afectos se convierten en vehículos de dominación y exclusión que construyen e incluso naturalizan nuestra relación con el narcotráfico y sus representaciones. Contrariamente a las narrativas del exceso

antepone a la violencia de los empresarios globalizadores la violencia del Estado, estos textos implican al dolor, especialmente al dolor del cuerpo desentrañado, para participar de la reconfiguración de “lo visible, lo decible, lo pensable; y, por eso mismo, un paisaje nuevo de lo posible” (2015: 16).

- 11 Herlinghaus define las marginalidades afectivas como “those that ‘carry the negative affects for the other’, acting as potential or imagined trespassers that allow governing desires and anxieties to incur in projection and thus occupy a morally safe place” (2009: 14).

que recurren a la hipérbole y que buscan provocar una catarsis o un exorcismo del miedo del espectador/lector, se observa en la producción cultural latinoamericana contemporánea una nueva estética que trabaja temas de violencia desde la sobriedad¹², procurando reapropiar proyecciones discursivas y afectivas que se habían construido como signos de alteridad. Estas narrativas de sobriedad se caracterizan por una poética antimimética, una desconfianza frente a los modelos de la tragedia y el melodrama, un estilo fragmentado y paratáctico, la ironía trágica y otros recursos que impiden una resolución de la trama que sea moralmente reconfortante. Al evitar una narración catártica, estas narrativas nos confrontan con la crueldad sin embellecerla, sin justicia poética y sin posibilidad de sentir empatía, obstruyendo de este modo el bienestar mental del lector.

Lo novedoso y relevante de estas últimas propuestas reside precisamente en la sostenida atención que prestan al nexo entre afectos (colectivos) y modos narrativos y a la relación entre la afectividad, y las fuerzas de dominación y la distribución de la vulnerabilidad en la modernidad global. Desde la publicación de *The Forms of the Affects* (2014) de la teórica del cine Eugenie Brinkema se observa en los estudios de afecto una consideración cada vez más acentuada y pormenorizada de las estructuras y formas que desencadenan las operaciones afectivas del arte. Brinkema denuncia la tendencia en los estudios de afecto de dejar de lado la textualidad. Si bien es cierto que los afectos van más allá de un orden representacional y la idea de significado, es importante para Brinkema seguir apoyándose en una lectura atenta (*close-reading*). Esta aproximación formalista reintroduce los mecanismos estético-afectivos y elementos compositivos sin restablecer la interioridad subjetiva y aleatoria (compárese con la falacia afectiva recriminada por los *New Critics*), ni una lectura intencional o teleológica.

12 El corpus estudiado por Herlinghaus incluye diferentes géneros y medios, como por ejemplo canciones, testimonios y obras de ficción: de los narcocorridos de Los Tigres del Norte a la colección de relatos testimoniales *No nacimos pa' semilla* (1990) de Alonso Salazar, pasando por la sicaresca antioqueña y *2666* (2004) de Roberto Bolaño (véase también Herlinghaus 2013).

La cuestión de las formas afectivamente cargadas lleva a preguntarnos cuáles son las peculiaridades textuales y los *modi operandi* de los objetos culturales que dan lugar a lo que Gilles Deleuze ha llamado una “coerción de la sensibilidad” que violenta al lector/espectador y lo conmueve al pensamiento¹³ —lo que Brian Massumi (2002b) llama un “choque del pensamiento”—, o a un “desasosiego empático” (LaCapra 2014: 80) que produce cierta incomodidad en el lector que imposibilita caer en una identificación fácil y una apropiación de la experiencia de la víctima.

De la misma manera que Brinkema, varios artículos que integran este volumen escudriñan cuestiones estético-formales y éticas al abordar el tema de la violencia en la producción cultural latinoamericana. En la estela de Herlinghaus, algunos problematizan las relaciones afectivas en consumidores globales de narrativas de violencia que disfrutan, sin sensación de culpa, la espectacularización de una violencia que termina por reforzar desigualdades existentes, mientras que otros se centran en el potencial de los afectos para generar incomodidad en el lector/espectador o repensar los imaginarios culturales existentes.

Estructura del libro

El volumen está dividido en cuatro secciones. La primera sección “Estrategias afectivas y potencial político” aborda la potencia política de las producciones culturales. La reflexión de Mieke Bal se enfoca en cómo el arte incita al compromiso de los espectadores a través de los afectos. Basándose en el pensamiento de Bergson y Deleuze, Bal analiza cómo la obra *Palimpsesto* (2017) de la artista colombiana Doris Salcedo emplea estrategias no representacionales como tiempo lento, materiales humildes y determinadas formas con el propósito de incitar

13 Compárese con “Le signe sensible nous fait violence: il mobilise la mémoire, il met l’âme en mouvement; mais l’âme à son tour émeut la pensée, lui transmet la contrainte de la sensibilité, la force à penser l’essence [...]” (Deleuze 1998: 123).

al afecto para la conciencia política. También se detiene en la instalación de vídeo *The House* (Eija-Liisa Ahtila 2002) para analizar la participación de los afectos en una “conciencia de cuidado” (Heidegger) que resiste la indiferencia.

En “Repulsión, diatriba e ironía en *El asco* de Horacio Castellanos Moya” el análisis de este texto es el punto de partida para una exploración de la relación entre el asco —uno de los sentimientos ‘feos’, en la terminología de Ngai— y la ironía. Brigitte Adriaensen argumenta que ambos comparten la negatividad, caracterizada como una posición de distanciamiento, de agencia suspendida y ausencia de catarsis. Leyendo el asco y la ironía en conjunción con el género de la diatriba, Adriaensen demuestra el potencial político de esta negatividad para articular una crítica reflexiva sobre la violencia.

El capítulo de Daniella Wurst, “Fotografía, temporalidad y memoria: *Yuyanapaq: Para recordar* y *Uchuraccay* de Franz Krajnik”, se focaliza en dos hitos fotográficos en la construcción de la memoria colectiva del Conflicto Armado Interno en Perú. Wurst explora los diferentes acercamientos afectivos de cada obra: mientras el discurso curatorial de *Yuyanapaq* evidencia la asimetría y las tensiones presentes en la producción de memoria cultural en el Perú, *Uchuraccay* propone una reflexión de la memoria que desmantela los estigmas prevalentes en los discursos oficiales sobre la comunidad, la nación y la reciente historia de violencia en el país.

En su contribución Emanuela Jossa examina la novela *Moronga* (2018) de Horacio Castellanos Moya, quien interroga la compleja situación política en El Salvador y su pasado reciente a través de afectos negativos. El cinismo, la disforia y la resignación de los personajes podría leerse a primera vista como una renuncia a la dimensión política de la literatura. Según Jossa, los afectos negativos funcionan como un diagnóstico que expone las fallas de un sistema, las heridas de la violencia y el malestar social de diferentes etapas históricas. Al mismo tiempo, el análisis de la identificación empática y de la incomodidad suscitada por la representación de la violencia en la novela le llevan a cuestionar los conceptos de afectos negativos y emancipatorios.

La segunda sección se centra en los registros afectivos de la literatura y la prensa escrita. En “Los monicongos son mil, y el más chiquitico se parece a ti’: la estética de la incomodidad en *Los Divinos* de Laura Restrepo”, Sofía Forchieri examina las estrategias narrativas privilegiadas por la autora colombiana para narrar la violencia en la novela. En lugar de centrarse en la narración del acto —el feminicidio—, Restrepo opta por presentarnos las microviolencias que lo anteceden y lo hace a través de la focalización del narrador, que coloca a los lectores en un lugar incómodo y ambiguo, en el que deben explorar su propia implicación con las tramas de violencia social en las que habitamos.

Desde una matriz deleuziana, Jorge Estrada explora en “Violencia como afecto en una cámara de resonancia textual en ‘El Ojo Silva’ de Roberto Bolaño”, la violencia como un afecto que reverbera en una cámara de resonancia textual. A través de la lectura del cuento de Roberto Bolaño, Estrada elabora una reflexión teórica en torno a la relación afecto y violencia —o violencias, en plural—, a través de nociones claves como inmanencia, evento y ensamblaje narrativo.

En “Escritura seca, lectores bañados en lágrimas: una lectura en clave emocional de *El olvido que seremos*”, Kristine Vanden Berghe explora la posición que adopta Héctor Abad Faciolince en esta autoficción respecto a la relación entre literatura y emoción. La autora rastrea el contraste entre una literatura intelectual o “racional” versus una lectura que apela a las emociones del lector como tópicos centrales en la novela, un contraste que traduce distintas maneras de concebir el texto literario y sus funciones, especialmente frente a la representación de la violencia.

La tercera sección se concentra en la dimensión afectiva de textos visuales y fílmicos. En “Límites de la abyección, umbrales de lo siniestro: mercantilismo afectivo y violencia simbólica en *Las elegidas* y *El futuro*”, Alejandra Bernal compara estos dos filmes que, desde estéticas contrastantes, construyen relatos eficaces de denuncia social sin violentar al espectador. Bernal argumenta que ambos filmes presentan al sujeto joven como agente privilegiado en la perpetuación de una estructura de sentimiento, de índole patriarcal y vin-

culada con el ethos neoliberal, que propone llamar “mercantilismo afectivo”.

Sophie Dufays, por su parte, analiza el trabajo sobre el rostro y la voz en dos proyectos documentales que pretenden recoger testimonios vinculados al contexto de la narcoviolenca en México: la plataforma transmedia (*Fragments.mx, una historia no contada*, 2017) y el documental cinematográfico (*La libertad del diablo*, 2017). El primer proyecto recoge fragmentos testimoniales de periodistas amenazados en el ejercicio de su labor, desde una aproximación sonoro-inmersiva y una experimentación gráfica con los retratos de los testigos, mientras que el segundo yuxtapone testimonios de víctimas y de victimarios, todos cubiertos con una máscara que los asimila. Dufays examina los efectos de diferentes montajes estético-afectivos de rostros, mapas y voces sobre la participación emocional del público y sobre su percepción ética de la violencia. También se pregunta por los aportes de las tecnologías digitales en la transmisión afectiva de una experiencia de violencia desde el testimonio.

El artículo de Ignacio Albornoz Fariña se centra en el cine documental chileno “de los hijos e hijas”, que está ligado a la problemática de la construcción de una memoria personal e íntima del pasado dictatorial reciente. Inspirado por el trabajo crítico de Jane Bennett y Ernst van Alphen, el autor estudia el rol de los objetos inertes en estos documentales como disparadores de operaciones afectivas. De acuerdo con Albornoz Fariña, el cine de la posmemoria se caracteriza por una voluntad de acopio de materiales heteróclitos que pueden verse como agentes activos en la transmisión afectiva. A través de un análisis de la carga afectiva de estos artefactos, el autor demuestra cómo los documentales despliegan una estrategia “elíptica” que aborda indirectamente las consecuencias de la violencia política en Chile.

El capítulo de Ignacio M. Sánchez Prado, “El cine contemporáneo, un México desterritorializado y la potencialidad de los afectos” compara los cortometrajes *Cuatro paredes* y *Nimic*. Ambos filmes, sostiene Sánchez Prado, reflexionan formalmente sobre el espacio liminal entre representación y subjetividad. El afecto, como forma desterritorializada, se resuelve en los dos cortos de manera distinta:

mientras que en *Cuatro paredes* dicha energía puede definirse como la imposibilidad de capturar la potencialidad de la imaginación a través de los límites visuales y diegéticos de la representación cinematográfica, *Nimic* despliega en su configuración afectiva los horrores latentes y potencialidades afectivas de la vida burguesa contemporánea.

El volumen se cierra con la coda “No todo recuerdo es memoria: tres textos y una caja con fotos”, en el que Saúl Sosnowski reflexiona sobre el vínculo entre violencia, memoria y afecto. Su reflexión concluye con estas palabras: “ante la práctica del olvido, ante la mentira y la historia adulterada, quien recupera la memoria está obligado a actuar a partir de lo que esta exige. Reacción a los afectos; la respuesta que la violencia impone para que cese, para que siquiera la ilusión de esa posibilidad no sea encajonada”. Si bien es cierto que, como afirma Sosnowski, el estudio de los afectos implica una superación del inmanentismo estructuralista con su afán científico, esperamos que este volumen no sólo vuelva a poner sobre el tapete juicios estéticos y cuestiones éticas, sino que ofrezca también una caja de herramientas para analizar rigurosa y críticamente la resonancia afectiva de la violencia en la producción cultural latinoamericana.

Bibliografía

- ALGARRA, Giovanni y NOBLE, Andrea (2015): “Transportamos sentimientos: desafíos para el estudio de las emociones en América Latina”, en Cecilia Macón y Mariela Solana (eds.), *Pretérito indefinido: afectos y emociones en las aproximaciones al pasado*. Buenos Aires: Título, pp. 43-65.
- BAL, Mieke (2002): *Travelling Concepts in the Humanities: A Rough Guide*. Toronto: University of Toronto Press.
- BEASLEY-MURRAY, Jon (2003): “On Posthegemony”, en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 22, n.º 1, pp. 117-25.
- (2010): *Posthegemony: Political Theory and Latin America*. Minneapolis: University of Minnesota.

- BLEJMAR, Jordana, PAGE, Philippa y SOSA, Cecilia (eds.) (2020): *Entre/Telones y pantallas: afectos y saberes en la performance argentina contemporánea*. Buenos Aires: Librería.
- BÖSEL, Bernd y WIEMER, Serjoscha (eds.) (2020): *Affective Transformations: Politics-Algorithms-Media*. Lüneburg: Meson.
- BRINKEMA, Eugenie (2014): *The Forms of the Affects*. Durham: Duke University.
- BUTLER, Judith (2009): *Frames of War: When Is Life Grievable?* London/New York: Verso.
- CALVEIRO, Pilar (2012): *Violencias de Estado. La guerra antiterrorista y la guerra contra el crimen como medios de control global*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2014): “Sobrepasar el miedo”, en Silvana Mandolessi y Maximiliano Alonso (eds.), *Estudios sobre la Memoria. Perspectivas actuales y nuevos escenarios*. Córdoba: Eduvim, pp. 103-119.
- CAVARERO, Adriana (2009): *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. Trad. Saleta de Salvador Agra. Barcelona/Ciudad de México: Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- CLOSE, Glen S. (2008): *Contemporary Hispanic Crime Fiction: A Transatlantic Discourse on Urban Violence*. New York: Palgrave Macmillan.
- (2018): *Female Corpses in Crime Fiction: A Transatlantic Perspective*. New York: Palgrave Macmillan.
- CLOUGH TICINETO, Patricia (2007): “Introduction”, en Patricia Clough Ticineto y Jean Halley (eds.), *The Affective Turn. Theorizing the Social*. Durham/London: Duke University Press, pp. 1-33.
- CLOUGH TICINETO, Patricia y HALLEY, Jean (eds.) (2007): *The Affective Turn: Theorizing the Social*. Durham: Duke University Press.
- DEL SARTO, Ana (2012): “Los afectos en los estudios culturales latinoamericanos. Cuerpos y subjetividades en Ciudad Juárez”, en *Cuadernos de Literatura*, vol. 16, n.º 32, pp. 41-68.
- DELEUZE, Gilles (1998 [1964]): *Proust et les signes*. Paris: Presses Universitaires de France.
- DEPETRIS CHAUVIN, Irene (2019): *Geografías afectivas: desplazamientos, prácticas espaciales y formas de estar juntos en el cine de Argen-*

- tina, Chile y Brasil (2002-2017)*. Pittsburgh: Latin America Research Commons.
- DIÉGUEZ, Ileana (2013): *Cuerpos sin duelo. Iconografías y teatralidades del dolor*. Córdoba: Ediciones DocumentA/Escénicas.
- DORFMAN, Ariel (1970): “La violencia en la novela hispanoamericana actual”, en *Imaginación y violencia en América*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- GAMBLE, Christopher N., HANAN, Joshua S. y NAIL, Thomas (2019): “What is New Materialism?”, en *Angelaki: Journal of Theoretical Humanities*, vol. 24, n.º 6, pp. 111-134.
- GIORGI, Gabriel y KIFFER, Ana (2020): *Las vueltas del odio: gestos, escrituras, políticas*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto (1985): *The Voice of the Masters: Writing and Authority in Modern Latin American Literature*. Austin: University of Texas Press.
- GREGG, Melissa y SEIGWORTH, Gregory J. (eds.) (2010): *The Affect Theory Reader*. Durham: Duke University Press.
- HERLINGHAUS, Hermann (2009): *Violence without Guilt: Ethical Narratives from the Global South*. New York: Palgrave Macmillan.
- (2013): *Narcoepics: A Global Aesthetics of Sobriety*. New York/London: Bloomsbury.
- HESSELBERTH, Pepita y HORSMAN, Yasco (2017): “Affect”, en Joost de Bloois, Stijn De Cauwer y Anneleen Masschelein (eds.), *50 Key Terms in Contemporary Cultural Theory*. Kalmthout: Pelckmans Pro, pp. 29-33.
- IRWIN, Robert McKee y SZURMUK, Mónica (2017): “The Gender and Sexuality Turn”, en Juan Poblete (ed.), *New Approaches to Latin American Studies: Culture and Power*. New York/London: Routledge, pp. 223-236.
- KAHL, Antje (2020): “Introduction: Analyzing Affective Societies”, en Antje Kahl (ed.), *Analyzing Affective Societies: Methods and Methodologies*. London: Routledge, pp. 1-26.
- KNUDSEN, Britta Timm y STAGE, Carsten (eds.) (2015): *Affective Methodologies: Developing Cultural Research Strategies for the Study of Affect*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.

- LACAPRA, Dominick (2014 [2001]): *Writing History, Writing Trauma*. Baltimore: Johns Hopkins University.
- LAINCK, Arndt (2014): *Las figuras del mal en 2666 de Roberto Bolaño*. Berlin/Münster: LIT.
- LAZZARA, Michael J. (2017): “The Memory Turn”, en Juan Poblete (ed.), *New Approaches to Latin American Studies: Culture and Power*. New York/London: Routledge, pp. 14-31.
- LÓPEZ, María Pía (2020): *Not One Less: Mourning, Disobedience and Desire*. Trad. Frances Riddle. Cambridge: Polity.
- MACÓN, Cecilia y SOLANA, Mariela (eds.) (2015): *Pretérito indefinido: afectos y emociones en las aproximaciones al pasado*. Buenos Aires: Título.
- MACÓN, Cecilia, SOLANA, Mariela y VACAREZZA, Nayla Luz (eds.) (2021a): *Affect, Gender and Sexuality in Latin America*. London: Palgrave Macmillan.
- (2021b): “Introduction: Feeling Our Way Through Latin America”, en Cecilia Macón, Mariela Solana y Nayla Luz Vacarezza (eds.), *Affect, Gender and Sexuality in Latin America*. London: Palgrave Macmillan, pp. 1-15.
- MASSUMI, Brian (1995): “The Autonomy of Affect”, en *Cultural Critique*, n.º 31, pp. 83-109.
- (2002a): *Parables for the Virtual: Movement, Affect, Sensation*. Durham: Duke University.
- (2002b): *A Shock to Thought: Expression after Deleuze and Guattari*. London/New York: Routledge.
- (2018): “Affect, Power, and Violence: The Political is Not Personal”, en Brad Evans y Natasha Lennard (eds.), *Violence. Humans in Dark Times*. San Francisco: City Lights, pp. 249-261.
- MOREIRAS, Alberto (2002): “A Thinking Relationship: The End of Subalternity – Notes on Hegemony, Contingency, Universality: Contemporary Dialogues on the Left”, en *The South Atlantic Quarterly*, vol. 101, n.º 1, p. 97-131.
- NAVARO, Yael (2017): “Diversifying Affect”, en *Cultural Anthropology*, vol. 32, n.º 2, pp. 209-214.
- NGAI, Sianne (2007): *Ugly Feelings*. Cambridge: Harvard University.

- NIXON, Rob (2011): *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*. Cambridge/London: Harvard University.
- OBERTI, Alejandra (2014): *Las revolucionarias: militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*. Buenos Aires: Edhasa.
- PAPACHARISSI, Zizi (2015): *Affective Publics: Sentiment, Technology, and Politics*. Oxford: Oxford University Press.
- POBLETE, Juan (ed.) (2017): *New Approaches to Latin American Studies: Culture and Power*. New York/London: Routledge.
- PODALSKY, Laura (2011): *The Politics of Affect and Emotion in Contemporary Latin American Cinema: Argentina, Brazil, Cuba, and Mexico*. New York: Palgrave Macmillan.
- (2017): “The Affect Turn”, en Juan Poblete (ed.), *New Approaches to Latin American Studies: Culture and Power*. New York/London: Routledge, pp. 237-254.
- POLLOCK, Griselda (2013): *After-Affects, After-Images. Trauma and Aesthetic Transformation in the Virtual Feminist Museum*. Manchester: Manchester University.
- PONS RABASA, Alba y GUERRERO McMANUS, Siobhan (eds.) (2018): *Afecto, cuerpo e identidad. Reflexiones encarnadas en la investigación feminista*. Ciudad de México: UNAM.
- RANCIÈRE, Jacques (2000): *Le Partage du sensible. Politique et esthétique*. Paris: La Fabrique.
- REGUILLO, Rossana (2010): “La narcomáquina y el trabajo de la violencia: apuntes para su decodificación”, en *E-misférica*, vol. 8, n.º 2. <<https://hemi.nyu.edu/hemi/es/e-misferica-82/reguillo>>.
- RIVERA GARZA, Cristina (2015 [2011]): *Dolerse. Textos desde un país herido*. Ciudad de México: Surplus.
- SÁNCHEZ PRADO, Ignacio (2006): “Amores Perros. Exotic Violence and Neoliberal Fear”, en *Journal of Latin American Cultural Studies*, vol. 15, n.º 1, pp. 39-57.
- (2009): “Narrativa, afectos y experiencia: las configuraciones narrativas del neoliberalismo en México”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 35, n.º 69, pp. 115-133.
- (2012): “Presentación”, en Mabel Moraña e Ignacio Sánchez Prado (eds.), *El lenguaje de las emociones: afecto y cultura en América Latina*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, pp. 11-16.

- SEDGWICK, Eve Kosofsky y FRANK, Adam (1995): “Shame in the Cybernetic Fold: Reading Silvan Tomkins”, en *Critical Inquiry*, vol. 21, n.º 2, pp. 496-522.
- SLABY, Jan y MÜHLHOFF, Rainer (2019): “Affect”, en Jan Slaby y Christian von Scheve (eds.), *Affective Societies: Key Concepts*. Abingdon: Routledge, pp. 27-41.
- SLABY, Jan y VON SCHEVE, Christian (eds.) (2019a): *Affective Societies: Key Concepts*. Abingdon: Routledge.
- (2019b): “Introduction: Affective Societies – Key Concepts”, en Jan Slaby y Christian von Scheve (eds.), *Affective Societies: Key Concepts*. Abingdon: Routledge, pp. 1-23.
- SOSA, Cecilia (2021): “Mourning, Activism, and Queer Desires: *Ni Una Menos* and Carri’s *Las Hijas Del Fuego*”, en *Latin American Perspectives*, vol. 48, n.º 2, pp. 137-154.
- TAYLOR, Diana (1997): *Disappearing Acts: Spectacles of Gender and Nationalism in Argentina’s “Dirty War”*. Durham/London: Duke University.
- TERADA, Rei (2001): *Feeling in Theory: Emotion after the “Death of the Subject”*. Cambridge/London: Harvard University.
- TRIGO, Abel (2012): “La función de los afectos en la economía político-libidinal”, en Mabel Moraña e Ignacio Sánchez Prado (eds.), *El lenguaje de las emociones: afecto y cultura en América Latina*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, pp. 39-53.
- VALENCIA, Sayak (2010): *Capitalismo gore*. Madrid: Melusina.
- WETHERELL, Margaret (2012): *Affect and Emotion: A New Social Science Understanding*. London: Sage.
- ZINK, Veronika (2019): “Affective Communities”, en Jan Slaby y Christian von Scheve (eds.), *Affective Societies: Key Concepts*. Abingdon: Routledge, pp. 289-299.
- ŽIŽEK, Slavoj (2008): *Violence: Six Sideway Reflections*. London: Profile.